

Cómo superar el temor en la evangelización

No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová (Jeremías 1.8).

¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino [...] estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros (1^{era} Pedro 3.13–15).

Yo amaba mucho a mi abuela. Debido a que sus piernas estaban severamente arqueadas, no alcanzaba el metro y medio de estatura. A medida que envejecía, caminar era cada vez más difícil para ella. Un verano, ella logró plantar un enorme jardín, trabajando con sus manos, y de rodillas. Yo la admiraba, pero había algo que me preocupaba: no era cristiana. A menudo oraba por ella y le pedía a Dios que me diera la oportunidad de hablarle acerca de los mandamientos del Señor.

Esa oportunidad se presentó un día que pasé por su casa cuando volvía de la escuela. Me recibió en la puerta, hablando emocionadamente acerca de un pañuelo ungido que le había enviado por correo un radio evangelista muy conocido. Ella oía el programa de radio de este, y le enviaba donativos de vez en cuando. Para agradecerle por el sostenimiento que ella le daba, el evangelista le envió el pañuelo. Ella me preguntó qué opinión me merecía el evangelista y el pañuelo ungido que ella había recibido. Lamentablemente, no le dije lo que pensaba. ¿Debía decírselo? Las excusas inundaron mi mente. Me dije que yo era demasiado joven, que podía hacerla enojar o decirle lo que no debía, además, ¿qué daño podía causarle dejarla estar contenta con aquel pedazo de tela? y ¿quién era yo para juzgarla? Todo lo anterior fue lo que pensé, pero la verdad es que yo estaba lleno de temor —temor de fracasar, temor de no ser bien recibido o temor de empeorar la situación. Más adelante,

traté de hablar con mi abuela, pero ya había perdido la mejor y más natural oportunidad, por causa del temor.

¡Cuánto deseara haber conocido la definición de temor que oí a un predicador usar años después! Él mencionó el siguiente acrónimo de la palabra «temor»:

Toda aquella
Evidencia que
Mucha validez al ojo
Ofrece, pero que de
Realidad carece

El diablo logró convencerme de quedarme callado. Llenó mi corazón de falsa evidencia, y yo la creí. Desde entonces les he preguntado a docenas de cristianos: «¿Qué es lo que a la mayoría de nosotros nos impide enseñarles el evangelio a los demás?». La respuesta es casi siempre la misma: «¡El temor!». En algunos casos, este temor paraliza completamente.

Estoy convencido de que la mayoría de los cristianos aman a Dios, aman la Biblia y aman a los perdidos. ¿Cuál es la razón, entonces, por la que muchos cristianos jamás han estudiado la Biblia con una persona perdida, o por la que tal vez ni siquiera hayan invitado a sus más íntimos amigos a los cultos? ¡Es el temor! Han creído las mentiras del diablo y han dejado que este les llene el corazón de excusas. Tienen temor del fracaso, temor de no saber lo suficiente, temor de parecer santurriones o fanáticos.

¿Alcanza uno alguna vez un punto en el cual el temor en la evangelización queda totalmente en el pasado? Siendo francos, la respuesta es no. Los cristianos expertos en ganar almas le dirán a usted que siempre habrá momentos en que estará presente el temor.

Tal vez le consuele saber que incluso un gran ganador de almas como el apóstol Pablo tuvo que

vérselas con el temor. Hasta hace poco, yo opinaba de Pablo que él era una persona que jamás conoció el temor en la evangelización; sin embargo, escribió acerca de haber estado entre los cristianos de Corinto «con debilidad, y mucho temor y temblor» (1^{era} Corintios 2.3). Corinto era una ciudad llena de impiedad, inmoralidad y todo vicio imaginable. ¿A quién no le hubiera causado temblor la tarea de enseñarles a tales personas? Lo más importante, escribió él, es que «estuve entre vosotros». El asunto no era que estaba lleno de temor, sino que no renunció a la tarea a pesar de la debilidad, el temor y el temblor. ¿Cómo pueden superar el temor los que ganan almas hoy día, cuando hablan de Cristo? He aquí algunas sugerencias.

PÍDALE A DIOS VALENTÍA

Haga lo que hizo Pablo. Ore por sus temores, y pídale a los demás que oren por usted también. En la carta que le escribió a la iglesia que estaba en Éfeso, Pablo les pidió que oraran por él a fin de que pudiera hablar «con denuedo» al predicar el evangelio (Efesios 6.19). Pablo creía que si él obedecía a Dios, entonces Dios se encargaría de su temor haciéndole hablar con denuedo. Pídale a otros que oren por usted para que usted pueda hablar con denuedo.

Pedro y Juan también tuvieron que vérselas con el temor. Después que fueron perseguidos la primera vez, esto fue lo que dijeron en oración: «Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo *denuedo* hablen tu palabra...» (Hechos 4.29; énfasis nuestro). Pablo, Pedro y Juan tuvieron temor; y usted, de vez en cuando, también lo tendrá.

Después de treinta años de experiencia como predicador y después de cientos de estudios bíblicos, yo todavía tengo temor a veces. Hace poco, por ejemplo, participé en ayudar a una congregación a prepararse para una campaña de evangelización. Estaba haciendo visitas con el evangelista local, y cuando nos dirigíamos a la siguiente casa, él se volvió a mí y me dijo: «La visita que sigue va a ser verdaderamente difícil. Estoy con ganas de saber cómo se las arreglará usted». Al momento, me vi haciendo excusas como las que se recogen en Lucas 14.16–24. No se trata de deshacerse del temor, sino de cómo superarlo. Los obreros personales efectivos hablan de Cristo a pesar del temor. Esto es denuedo dado por Dios.

DEJE QUE DIOS SE ENCARGUE DE LOS RESULTADOS

El éxito en el evangelismo consiste en hacer todo lo que uno puede, y dejar que Dios se encargue

de los resultados. Dios hará fielmente Su parte. Usted haga todo lo posible; después confíe en que Dios se hará cargo de los resultados. Cuando uno obedece a Dios no habrá manera de que fracase. ¿Fracasó Jesús porque el joven rico se fue triste? ¿Fracasó por las multitudes que ya no andaban con él por considerar «dura» Su palabra, según se narra en Juan 6.60? ¿Fracasó porque Judas era hipócrita y ladrón? Jesús mismo respondió estas preguntas en Juan 17.4, diciendo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese». Aunque algunos, tal vez la mayoría, lo rechazaron, Cristo acabó Su misión; Él obedeció a Dios. Usted no puede hacer que las personas estén más perdidas de lo que ya están.

Usted no es responsable de los resultados, así que deje de pensar en términos de bueno o mal «desempeño». Haga lo que puede. Reparta tratados, invite amigos a los cultos, convenga en tener un estudio bíblico con alguien, tenga conversaciones espirituales, vaya de casa en casa, ore y use cualquier método que pueda concebir para animar a otros a participar en el estudio de la Biblia. Después confíe en que Dios se encargará de los resultados. *Usted tendrá éxito cuando lo intente.*

TENGA TEMOR DE DIOS

Tenga el temor que se debe. Considere lo que dice Mateo 10.27–28:

Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

Nuestra devoción a Jesús debe ser tan grande, y nuestra reverencia tan profunda, que la idea de hacer algo contrario a Su voluntad es sencillamente inaceptable para nosotros. Es de Él que recibimos las instrucciones. Si Él dice «Vayan», nosotros vamos. Agradar a Jesús debería ser lo único que nos preocupe. Desde un punto de vista relativo, decepcionar al hombre no debería preocuparnos nada. En la tumba de un hombre que se conoció por su celo en la evangelización, estaban grabadas las siguientes palabras: «No les tuvo mucho temor a los hombres porque le tuvo mucho temor a Dios». El secreto para superar el temor en el evangelismo consiste en tener tal reverencia para con Dios que cualquier otro temor es secundario. Esa clase de reverencia nace de un profundo sentimiento de temor reverencial. ¿Será posible que hayamos perdido nuestro sentimiento de temor reverencial? ¿Cuánto tiempo hace que pensó usted en Dios, en

Jesús y en el Espíritu, y en la asombrosa gracia de Dios, y que se llenó de un avasallante sentimiento de temor reverencial?

Isaías dijo: «Heme, envíame a mí» (Isaías 6.8). Estas son palabras que anhelo oír las decir a los cristianos de hoy día. ¿Qué motivó tal compromiso en Isaías? Él dijo estas palabras después que vio la gloria de Dios en el templo. ¿Tiene usted seres queridos a quienes desea invitar a los servicios de la iglesia? ¿Tiene usted amigos con los que desea estudiar acerca de Jesús? Si el temor lo está deteniendo, trate de pasar algún tiempo contemplando a este poderoso Dios a quien servimos. Compruebe cómo esto hará que el temor suelte las ataduras con que le domina. Cuando los cristianos tienen un sentimiento de temor reverencial para con Dios, el temor del hombre parecerá menos poderoso.

AME A LOS PERDIDOS

Ame a los perdidos con sinceridad. Hace algún tiempo, una madre estaba vigilando a su hijo que nadaba en el mar. El muchacho estaba razonablemente cerca de la orilla; sin embargo, el agua tenía varios pies de profundidad. De repente, ella empezó a correr hacia su hijo, mientras le gritaba: «¡Sal del agua rápidamente!». Como él no la oía, siguió corriendo tan rápidamente como podía. Al llegar al lugar donde nadaba su hijo, comenzó a golpear el agua y sacó algo hasta la orilla. Era un pequeño tiburón. Como podrá usted imaginarse, este episodio atrajo la atención de la gente. Cuando le preguntaron cómo hizo para pelear con el tiburón, ella dijo: «No tuve opción». Los sentimientos para con su hijo superaron con creces su temor del tiburón.

Cuando yo era adolescente, había un cántico que realmente me ponía a pensar. Ese cántico, que llevaba por título: «Jamás me hablaste de Él», incluía las siguientes palabras:

Cuando en la nueva tierra delante del Juez
estemos,
Cuán profunda tristeza nos embargará el alma;
Cuando algún perdido allí clame desesperado,
diciéndome:
«Jamás me hablaste de Él».

«Jamás me hablaste de Él,
No me ayudaste a ver la luz;
Me viste todos los días, sabías que yo estaba
extraviado,
Jamás me hablaste de Él».¹

¹ James Rowe, "You Never Mentioned Him to Me" («Jamás me hablaste de Él»), *Songs of the Church (Cánticos de la iglesia)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishers, 1977).

Este himno me ayudó a darme cuenta de que a menos que alguien hiciera algo, algunos de mis amigos, vecinos y familiares, de cuya bondad, amabilidad y decencia nadie dudaría, estarían destinados para una eternidad sin Cristo. Yo podría ser el que Dios quisiera que les enseñara. Sencillamente tuve que tratar. En el evangelismo, el temor (reverencia o temor reverencial) del Señor y el amor a los perdidos constituyen un poderoso antídoto contra el temor del hombre.

IDENTIFIQUE LA FUENTE DEL TEMOR

Esté consciente de que el diablo es la fuente de la mayor parte de su temor. Un espíritu de temor o de cobardía no proviene de Dios (2ª Timoteo 1.7). Si usted se lo permite, el diablo llenará su corazón de temor y de falsas excusas. Recuerde que el temor es «toda aquella evidencia que mucha validez al ojo ofrece, pero que de realidad carece». Es normal tener temor; lo anormal es dejar que el temor le impida hacer lo que Dios le ha mandado. Recuerde las palabras de Santiago 4.7: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros». La mejor manera de superar el temor es hacer aquello que le dé temor hacerlo. El diablo es «padre de mentira» (Juan 8.44). Él jamás dice la verdad. Cuando le llene de temor, recuerde que le está mintiendo. Dios siempre dice la verdad. Él le ha dicho a usted que vaya. Él conoce sus debilidades y sus fortalezas (o lo que usted percibe como falta de estas); sin embargo, Él todavía desea que usted participe en la Gran Comisión. El diablo no desea que usted disfrute del gozo de ganar almas. Él sabe que si puede mantenerlo confiando en su propia capacidad, mantenerlo pensando en que debe fiarse de sus propias fuerzas, entonces se sentirá usted abrumado y lleno de temor. A Dios no le interesa tanto su *aptitud* como su *actitud*.

CONCLUSIÓN

El temor es normal; aun Pablo tuvo que vérselas con el temor. Si usted ora pidiendo valentía, Dios le proporcionará el denuedo que necesita. Confíe en Dios que Él se encargará de los resultados. El poseer temor de Dios será de gran ayuda para superar el temor de los hombres, el temor al fracaso y esa paralizante clase de temor que nos hace quedarnos callados, cuando nos gustaría hablar de las buenas nuevas de Jesucristo. Recuerde esto: *el diablo es la fuente de nuestros temores*.

Michael Knappier